

Exportar agua y agotar los suelos. La trampa de los monocultivos en México y la alternativa que ya existe.

Por Luis Eugenio Parés Sevilla

En México nos han contado una historia sencilla: que el campo “progresará” si se vuelve más productivo, si se especializa, si exporta más. Bajo esa lógica, los monocultivos orientados a la exportación se presentan como sinónimo de modernización: grandes superficies con un solo cultivo, cadenas “eficientes”, divisas entrando al país. Pero esa historia está incompleta. Y una historia incompleta cuando guía políticas públicas se convierte en un engaño que se paga con tierra degradada, agua agotada, trabajo precarizado y comunidades debilitadas.

Este artículo propone una idea clara: el monocultivo de exportación no es solamente un método agrícola; es un modelo extractivo. Extrae fertilidad del suelo, extrae agua de los territorios y extrae valor del trabajo; y deja atrás el costo: suelos cansados, acuíferos abatidos, contaminación, empleos indignos y dependencia alimentaria. En cambio, la milpa y la agroecología sostenidas en ejidos y comunidades no son “una alternativa romántica”, sino una tecnología social y ecológica que regenera, alimenta y da autonomía. La evidencia técnica sobre degradación y beneficios de la milpa respalda con fuerza este contraste.

¿Qué es lo que de verdad se exporta cuando se exporta?

Cuando un país exporta aguacates, berries, hortalizas o cultivos industriales, no solo exporta “productos”. Exporta agua incorporada en cada kilo cosechado; exporta fertilidad que tardó décadas en formarse; exporta servicios ecosistémicos que no se contabilizan; exporta incluso estabilidad social, cuando el modelo desplaza a pequeños productores y precariza el trabajo.

El problema no es comerciar. El problema es construir la economía rural sobre una ecuación torcida: ganancias privadas para cadenas corporativas la gran mayoría transnacionales y costos públicos para el país. Es decir: lo

rentable se queda arriba; lo destruido se queda abajo, en los suelos y en los cuerpos de la gente que trabaja la tierra.

Los “desiertos verdes”: cuando la tierra se vuelve fábrica.

Un monocultivo parece ordenado desde el aire: líneas perfectas, un solo color, una sola especie. Pero esa “limpieza” es precisamente el problema. La vida en el campo no funciona por uniformidad, sino por redes: insectos, hongos, bacterias, plantas asociadas, cobertura, raíces diversas. Cuando se elimina esa red, el sistema se vuelve frágil.

Por eso se ha descrito a los monocultivos como “desiertos verdes”: verdes por fuera, desiertos por dentro. Y esa frase no es propaganda: resume una verdad ecológica. Al eliminar la biodiversidad acompañante, el monocultivo rompe los controles naturales que regulan plagas, conserva suelos y sostiene polinizadores.

Aquí aparece el “costo oculto” de la supuesta eficiencia. este análisis lo formula como un círculo vicioso:

Baja biodiversidad → aumentan las plagas → se usan más pesticidas → mueren los controladores biológicos (abejas, avispas, mariquitas, aves, hongos, bacterias, diferentes plantas) → el suelo se vuelve más estéril → se necesitan más fertilizantes → se produce la contaminación del agua → queda el suelo aún más degradado.

En términos sencillos: el monocultivo crea el problema y luego vende la “solución” en forma de más químicos. Y cada vuelta del ciclo lo hace más dependiente y más caro.

Monocultivo: igual a la minería, extracción de nutrientes.

Hay una comparación que ayuda a entenderlo sin tecnicismos: el monocultivo funciona como la minería. No “cultiva” la tierra: extrae lo que hay (nutrientes, materia orgánica, estructura) hasta agotar la veta, y luego busca otro territorio o exige más insumos para mantener el rendimiento.

De hecho, el diagnóstico técnico es directo: los monocultivos “exportan minerales sin reponerlos” de forma equilibrada.

Eso se traduce en suelos cada vez más pobres, más compactados, más vulnerables a erosión y con menos capacidad de retener agua. En una época de crisis climática, apostar por sistemas que degradan el suelo es como apostar por un techo que se desmorona durante la temporada de lluvias.

El agua: la factura que llega tarde, pero llega.

México vive tensiones por agua en múltiples regiones. Y en ese escenario, sostener monocultivos de exportación como prioridad es un contrasentido: es convertir la escasez en modelo de negocio.

La degradación del suelo y el consumo intensivo se retroalimentan. Cuando un suelo pierde materia orgánica y cobertura, pierde la capacidad de infiltrar y retener humedad; entonces se requiere más riego para compensar. Es decir: el monocultivo no solo usa agua; vuelve al territorio más sediento.

Y el problema no es abstracto: sobreexplotación de acuíferos, descenso de niveles freáticos, contaminación por agroquímicos y, en zonas costeras, intrusión salina que vuelve inutilizable el agua.

Luego vienen las consecuencias sociales: conflictos por pozos, disputas por manantiales, comunidades que ven cómo el agua se va a los campos “rentables” mientras los hogares enfrentan cortes o mala calidad. Esto tiene un nombre: injusticia hídrica.

“Genera empleo”... ¿Qué empleo y para quién?

Se suele justificar el monocultivo con una frase: “da trabajo”. Pero el debate real no es si da trabajo, sino qué tipo de trabajo crea y a qué costo humano.

En el corazón del modelo agroexportador suele haber mano de obra barata: jornaleras y jornaleros con salarios bajos, jornadas pesadas, intermediación abusiva, poca protección social y condiciones de vida precarias. Esa precariedad no es un accidente: es parte de la

competitividad del sistema. Exportar barato implica pagar barato. La “eficiencia” se logra trasladando presión a los cuerpos.

Aquí el modelo se revela como doblemente extractivo: extrae de la tierra y extrae de la gente.

Daño político: cuando el Estado sirve al modelo, no al país.

Nada de esto se sostiene por casualidad. El monocultivo exportador avanza con decisiones políticas: concesiones de agua, infraestructura, incentivos, permisos, seguridad, marcos regulatorios que favorecen la inversión por encima del territorio. Cuando la política agrícola se reduce a cifras de exportación, el Estado puede terminar actuando como administrador de la extracción.

Y además está el discurso: se repite que “es por el bien del país”, aunque el producto se vaya, las ganancias se concentren y los costos queden aquí. Ese discurso convierte la crítica en “obstáculo”, y a la defensa del agua y la tierra en “atraso”. Es una forma de violencia simbólica: deslegitimar a quien cuida el territorio, para legitimar a quien lo explota.

La milpa: la ciencia del territorio que ya resolvió lo que el monocultivo complica.

Frente a esta maquinaria, existe una alternativa real, practicada y vigente: la milpa y la agroecología. Y aquí conviene ser muy claro: la milpa no es “sembrar mezclado” por costumbre; es diseñar un ecosistema productivo.

La sinergia es pedagógica y poderosa:

- el maíz crece alto y sirve de tutor,
- el frijol fija nitrógeno y fertiliza,
- la calabaza cubre el suelo, reduce la maleza y conserva humedad.

“Esto es un equipo”.

La agroecología, además, integra conocimiento tradicional con ciencia ecológica moderna: no solo evita el daño, repara. Aumenta el carbono del suelo y recupera redes de hongos y bacterias que sostienen la fertilidad.

Y el punto crucial: la milpa ofrece beneficios ecosistémicos que el monocultivo destruye. Este análisis lo enumera con precisión:

- Conservación in situ de variedades nativas de maíz, frijol, calabaza y chile.
- Mantenimiento de polinizadores y controladores biológicos nativos.
- Protección de suelos y recarga de acuíferos. Captura de carbono en biomasa y suelos. **Se concluye:** esta funcionalidad contrasta con los monocultivos como “desiertos verdes”.

Dicho de forma sencilla: donde el monocultivo deja tierra cansada, la milpa deja tierra viva.

Soberanía alimentaria: el punto que el discurso exportador evita.

Un país no es más fuerte por exportar más si al mismo tiempo depende de importaciones para alimentarse y deja que su agua y su suelo se deterioren. **La soberanía alimentaria no es una consigna: es seguridad nacional en su sentido más básico.**

Soberanía alimentaria significa decidir:

- qué se produce (alimentos populares, granos, dieta saludable),
- cómo se produce (sin destruir suelo y agua),
- quién produce (campesinado con derechos y apoyo),
- para quién se produce (primero el pueblo, luego el mercado).

La milpa produce diversidad nutricional real: carbohidratos complejos, proteínas vegetales, vitaminas, minerales y otros alimentos complementarios; el monocultivo exportador, en cambio, prioriza commodities desconectados de la dieta local.

La metáfora que lo resume todo: minería extractiva versus cuenta de ahorros.

El contraste puede decirse con una imagen contundente: